LIBRARY OF PRINCETON
OCT 12 2004
THEOLOGICAL SEMINARY

PER BX1470.A1 V56

Vinculum.

UNP

Vinculum

Conferencia de Religiosos de Colombia

Luces en la noche

197
'99

Santa Fe de Bogotá, D.C. Octubre - Diciembre

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/vinculum1971conf

Vinculum

Revista Trimestral de Vida Religiosa
Publicada por la Conferencia de Religiosos de Colombia - CRC

LIBRARY OF PRINCETON
JUN - 7 2000
THEOLOGICAL SEMINARY

LUCES EN LA NOCHE

ctubre-diciembre / 99

INDICE GENERAL

Editorial 4

Desde el dolor del pueblo hacia el propio corazón 7
Hna. Marinés Burín, fma

La Justicia y la Paz se besan 15
Hno. Carlos Mario McEwen Ochoa, fms

La Eucaristía nos reconcilia con la historia violenta del mundo 21
Hna. Josefina Castillo, aci

Pascua: Una luz de esperanza, aunque es de noche 29
P. Ignacio Madera Vargas, sds

DIRECTORA: Hna. Silvia Vallejo,odn / CONSEJO DE DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: Hno. Humberto Murillo, fsc; P. Mario Toro, ofm; Hna. Gloria Inés Giraldo, rjm; Hna. María Eugenia Lourido, rscj; P. Gabriel Naranjo, cm; Hna. Aura Felisa Parra, hpspc / ADMINISTRACIÓN Y PRODUCCIÓN: Hna. Aura Felisa Parra, hpspc; Mónica Garzón, Yaneth Colmenares, Blanca Oliva Cuesta / DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO: Publicaciones CRC / DIRECCIÓN: Carrera 15 No. 35-41/43 - Tels: 338 3946 - 338 3947 - Fax: 338 1600 - A.A. 52332 / Santa Fe de Bogotá, D.C. - Colombia / SUSCRIPCIÓN: Nacional: $22.000,oo - América Latina: US$25,oo - Resto del Mundo: US$30,oo / IMPRESIÓN: Roffaprint Editores Ltda. PERMISO: TARIFA POSTAL REDUCIDA No. 240 DE ADPOSTAL

Editorial

Cuando comenzaba a redactar este editorial, el corte de la luz totalmente inesperado, oscureció totalmente la pantalla y me vi forzado a esperar. Y mientras se alargaba la espera me preguntaba si esta oscuridad se debía sólo a algún corte imprevisto y necesario o si, por el contrario, era consecuencia de alguna acción terrorista, lo que sin duda se ha vuelto bastante normal y hasta previsible en nuestra realidad cotidiana.

Y no solamente la violencia de los grupos armados, que siguen pregonando y paseando su voluntad de paz, mientras arremeten con furia contra poblaciones inermes y matan sin piedad a tantos inocentes; sino también la violencia estructural que venimos sufriendo desde varias décadas, están provocando repetidos apagones de toda índole y graves daños materiales en la infraestructura del país, en las pequeñas y grandes industrias y en todos los ámbitos de la vida de la gente.

¿Cuántos apagones no tienen su origen en la corrupción administrativa, en el robo impune de los recursos de la nación y por lo tanto de los colombianos, que tienen que soportar con frecuencia escándalos grandes por su tamaño y proporción y graves en sus consecuencias, especialmente, para los más pobres? ¿Cuántos hechos que podríamos catalogar como las nuevas "barcazas" y los nuevos "Guavios" no siguen mermando y apagando ese mínimo de bienestar social, de poder adquisitivo del salario que ya no alcanza para la canasta familiar, ni siquiera para la media canasta, y mucho menos para pagar los servicios, ni el arriendo, ni el estudio de los hijos? ¿Cuántas injusticias, que se esconden y amparan bajo una supuesta legalidad, siguen golpeando los derechos elementales de hombres y mujeres, de los desplazados, de los desempleados, de las mujeres, de los niños y van cortando la luz de la esperanza a tantos que luchan y luchan porque quieren vivir?

Desde los años del Vaticano II, y gracias a la fuerza del Espíritu, nace una nueva comprensión de la Iglesia que se entiende abierta al mundo y cercana a la vida y las angustias y esperanzas de la gente. Fruto del mismo Espíritu surgieron personas, instituciones y grupos, dentro y fuera de la iglesia, que aportaban no sólo la capacidad de soñar un mundo mejor, sino también propuestas educativas, de toma de conciencia, de formación de líderes y animadores de comunidades para el

cambio social y propuestas de vivir la fe en pequeñas comunidades iluminadas por la Palabra y con un claro compromiso de transformación de estructuras injustas y con la propuesta de nuevos modelos de economía alternativa, como cooperativas y empresas solidarias. ¡Cuántas luces y cuántas vidas se desvanecieron por el horrible apagón de la violencia!

¿Qué ha pasado con nuestras comunidades? ¿Por qué se apagó en ellas esa llama viva y cálida, el mismo Espíritu que latía y actuaba en su interior, y se han ido enfriando y, hasta, han quedado reducidas, en muchos casos, a ceniza y a oscuridad? Parece como si los odres viejos de nuestras personas y congregaciones, que tal vez no asumieron el riesgo de convertirse y de nacer de nuevo, no hubieran aguantado la fuerza y el ímpetu de los nuevos tiempos y el remezón que supuso el tener que poner nuestros carismas al servicio de una época y un hombre nuevo.

¿Por qué ya no se percibe en ellas ese ardor y ese fuego de otros momentos, ni transmten ya claridad y esperanza a este mundo? ¡Cuántos apagones también en nuestra iglesia, en nuestras comunidades religiosas! ¿Dónde ha quedado el Espíritu y el Evangelio? ¿Hemos escondido la luz debajo del celemín, en vez de ponerla sobre el candelero, y con ello hemos permitido que la noche nos envuelva en la penumbra del temor, entre las sombras de la desesperanza y la oscuridad de nuestra ceguera?

Pero no todo ha sido oscuridad y tinieblas. Por debajo de las cenizas nunca han faltado las brasas y los tizones encendidos de muchos y muchas, en la Iglesia, en nuestras comunidades y entre los laicos, que atizados por la realidad de los excluídos y aventados por el soplo del Espíritu han permanecido como carbones encendidos, en medio de la noche, dando luz y calor y alumbrando con su esperanza clara. Son los que reconociéndose débiles y acosados por el egoísmo y la injusticia, viven en actitud permanente de conversión y no se han hecho los ciegos ante los Lázaros de cada día, ni los sordos ante los gritos de los afligidos. Son los que siempre han tratado de vivir como peregrinos y profetas e intentan caminar con Dios y con los demás en paciencia y solidaridad, aunque es de noche.

Por eso, hoy más que nunca, cuando sigue resonando el Yobel y los gritos de los humildes alcanzan hasta el cielo, pidiendo vida, justicia y liberación, queremos seguir asumiendo y viviendo este Año Jubilar, alimentando nuestra vida cristiana y nuestra entrega religiosa desde la Palabra de Dios y su Espíritu y desde la cercanía a los excluídos.

Así podremos peregrinar **hacia nuestro propio corazón desde el dolor del pueblo,** abandonado a su suerte y marginado. Y aunque el orden económico y el sistema imperante actual anuncien, por todos los medios, que las cosas están bien y deben seguir así, nosotros sabemos que ellos son injustos y que la injusticia niega la vida en dignidad y la paz en plenitud.

Por eso, hasta que **la justicia** y la **paz se besen,** queremos dejar de lado toda comodidad y conformismo y arriesgarnos en nuestro compromiso irrenunciable de anunciar el Evangelio de la vida y la liberación a los más pobres, al tiempo que denunciaremos cualquier atropello a la vida y dignidad de las personas y lucharemos contra cualquier injusticia en nosotros y en los demás.

Como en el caso de Jesús, queremos que la Eucaristía no sólo sea el centro, sino el resumen de toda nuestra vida. Jesús, a lo largo de su vida, hizo junto con los pobres su propio éxodo hacia una vida en libertad. Peregrinó con ellos, en actitud de entrega solidaria y de servicio hasta dar la vida. De esta manera, **la Eucaristía nos reconcilia con la historia violenta del mundo.**

¿Cómo vivir indiferentes ante el dolor y el desgarro que producen todos los tipos de violencia? ¿Cómo vivir de espaldas a los excluídos? Vivamos también nuestra vida en espíritu pascual, en la entrega gozosa y solidaria a favor de la vida de los humildes y en contra de todos los poderes que amenazan y quitan la vida de las personas. Y trabajemos para que el pan de la vida y de la esperanza, que trae humanidad a nadie le falte. Así la Pascua nos trae una nueva certeza y será la fiesta de la vida y del aleluya sin fin. Será la **Pascua: una luz de esperanza, aunque es de noche.**

P. Juan José Ortigoza, svd
Comisión de Misiones

Vinculum
vol. 33 / n. 197 (2000) 7-13

DESDE EL DOLOR DEL PUEBLO HACIA EL PROPIO CORAZÓN

Hna. Marinés Burín

Introducción

«Religiosos y religiosas de Colombia: peregrinos en comunión por la justicia y la paz".

No gratuitamente es el lema de la CRC para el presente año. Nos recuerda que estamos convocados(as) a vivir, en este gran jubileo, una misión permanente. Una misión que ponga a cada religioso(a) y a cada comunidad en peregrinación física o espiritual, hacia el propio corazón, tocados(as) por el dolor y necesidades del pueblo. Esta será auténtica alabanza a la Trinidad, vivencia fiel de la Eucaristía y así daremos al jubileo su pleno sentido.

Al conmemorar los 2000 años del nacimiento de Jesús por quien optamos en radicalidad, necesitamos renovar nuestra consagración en su amor, por una nueva fuerza de caridad. Este año jubilar es una oportunidad única y un reto para retomar el amor primero de nuestra consagración en el cual todo empezó y descubrir los sitios y las situaciones en los cuales se debe encarnar el carisma particular de cada comunidad y sobre los cuales se debe proyectar el dinamismo espiritual propio.

"El Jubileo será para ustedes cosa santa" (Lv 25, 12). Así lo entendió y vivió el pueblo de Israel, reafirmando los valores fundamentales de su vocación como "pueblo de Dios" y "pueblo de hermanos", su total pertenencia a Dios, dador de todo bien y su comprometedora entrega a los hermanos, en aras de la justicia y de la paz, mediante los recursos posibles en su tiempo.

También para nosotros(as) el año jubilar es tiempo santo. Santo si lo vivimos y expresamos no tan sólo con oraciones, sacrificios e indulgencias en santuarios, sino con el esfuerzo renovado de emprender un camino radical de santidad, de conversión verdadera, de misericordia concreta y encarnada en la realidad que viven los hermanos que sufren. Santo si nos comprometemos a restaurar la justicia, promover la paz y la reconciliación, trabajar a favor de los derechos humanos, liberar a los cautivos agobiados por tantas formas de opresión física, espiritual, social y moral. Santo si contra el cinismo e indiferencia luchamos en defensa de la vida de las personas y de la naturaleza, amenazadas de muchas maneras. Santo si unidos buscamos estrategias y alternativas para el bien de los más necesitados, a partir de nuestras propias comunidades y sin exclusión de nadie. Si el santo jubileo es para nosotros(as) fuente de bendición, también nosotros(as) debemos ser fuente de bendición para los demás.

1. Desde el dolor del pobre hacia el propio corazón

El dolor del pobre... ¿Será que todavía nos impacta el sufrimiento de la gente? ¿No será más bien, que a algunos(as) o a muchos(as) ya nos incomoda este tema, nos quedamos indiferentes, mientras crece el número de los que sufren y el dolor es cada vez más grande? Hoy, pobrezas y sufrimientos desbordan todo cálculo y porcentaje. Incontables personas: hombres y mujeres, jóvenes, niños, adultos y ancianos, personas concretas, sufren el peso intolerante de la miseria, abrumados de penas, cargados de desesperanza. Soportan no sólo la pobreza material, el hambre, el desempleo, la falta de vivienda, de salud, de beneficios sociales, la erradicación de su tierra... sino también la pobreza espiritual, la disgregación de la familia, la pérdida de valores, la soledad, la desesperación, la degradación moral, la privación de la libertad... Tienen la vida amenazada, enfrentan nuevas formas de empobrecimiento y exclusión. Aumentan los desplazados; crece el número de los atribulados por la violencia, se multiplican los desempleados, excluidos por la edad y la recesión, a pesar de su preparación académica y buenas aptitudes para el trabajo, son siempre más los jóvenes desesperanzados ante un mañana sin futuro...

Aquí vale interrogarnos con honestidad:

> ¿Qué tan cerca estoy yo y está nuestra comunidad de la realidad de pobreza y marginación, dolor y desesperanza de nuestro pueblo? ¿Este dolor nos llega al corazón y nos mueve a alguna acción?

Sabemos que el dinamismo de la solidaridad y de la misericordia empieza cuando la triste realidad del otro cuestiona nuestra vida, cuando nos interpelan sus justas aspiraciones frustradas, cuando sus dolores y calamidades se interponen a nuestros alegres planes personales, muchas veces cargados de egoísmo... Porque, si buscamos el rostro de Dios y lo encontramos en los crucificados del mundo, no podemos permanecer indiferentes, sentiremos el llamado a la solidaridad y al compromiso.

En décadas pasadas, con la inspiración profética del Vaticano II, la Conferencia Latinoamericana de Medellín hizo un llamado explícito a la opción por los pobres. Esto suscitó un inmediato y significativo desplazamiento de nosotros(as) los religiosos(as) hacia los medios populares (campesinos, indígenas), en lugares y situaciones de mayor necesidad.

Desde entonces para acá, se ha agudizado, en forma alarmante, la situación social de exclusión y de miseria, de dolor y muerte. Ante eso cuál ha sido nuestra reacción? No han faltado bellos testimonios que merecen reconocimiento e imitación. Pero a nivel general parece que se ha producido un cierto cansancio, apatía e indiferencia, ha habido como un repliegue y alejamiento, si no en orden de las ideas, sí en nuestra capacidad y esfuerzo de estar comprometidos(as) de hecho con el pueblo que sufre y es desplazado.

La realidad de dolor de nuestro pueblo sigue siendo un reto a nuestra vocación, es la misión que Dios nos sigue confiando muy particularmente en este "año de gracia". Estamos convocados(as) a entrar en nosotros(as) mismos, para una reflexión muy seria que nos permita salir con entrañas de misericordia a contemplar el entorno, descubrir los rostros que son sacramento de Dios sufriente, y volver entonces al propio corazón, evaluar los compromisos de nuestra vocación-misión y generar respuestas audaces, proféticas y significativas.

2. "Oí el clamor de mi pueblo y caminé para socorrerlo" (Ex 3, 1-8)

Temprano el pueblo de Israel se ha percatado de quién era Javé. El Dios de la vida, rico en misericordia, lleno de compasión. Un Dios que escucha el clamor del pueblo y peregrina hacia él para socorrerlo en su dolor y arrancarlo de la esclavitud.

Desde que, hace 2000 años, Jesús *"se hizo carne" (Jn 1, 14),* la historia de toda carne maltratada en los crucificados del mundo se ha convertido en lugar privilegiado y primero del encuentro con Dios, se ha tornado "sacramento de Dios". Jesús -encarnación de la Misericordia del Padre- *"caminó por el mundo haciendo el bien a todos" (Hch 10, 38).* Frente al dolor, carencias, desorientaciones y necesidades de todo orden contemplaba en el pueblo que lo seguía, su corazón divino-humano se estremecía y no podía menos que exclamar: *"Tengo compasión de este pueblo" (Mt 15, 32).* Peregrinaba por las veredas de Palestina, curando, bendiciendo, perdonando, dando vida, libe-

rando a la gente de todo mal. Allí concretaba su programa de vida, anunciando en la sinagoga de Nazareth: *"El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido y enviado para anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor" (Lc 4, 18-19).*

También a nosotros(as) el Espíritu del Señor nos ha consagrado y enviado para arriesgar la vida, como Jesús, a fin de que todos tengan vida. El Espíritu Santo nos impulsa a luchar, a tener los pies ágiles, y la mirada atenta a las necesidades y al dolor de los demás, sabiendo que cuanto hacemos para ellos, lo hacemos para el Señor (Cf Mt 25). Nos envía a anunciar a los pobres la Buena Nueva, pero también a profetizar a los ricos, a los que tenemos en nuestras instituciones educativas, hospitalarias o en otras obras, a los que podemos alcanzar con nuestra palabra o acción. Nos convoca a realizar lo que hizo hace veinte siglos el propio Jesús.

Nuestra vocación y misión implica un camino de solidaridad. Exige el peregrinar. La peregrinación, más que salir de un lugar para llegar a otros, es desinstalación, es salir uno de sí mismo en búsqueda de algo más profundo, en la actitud del peregrino, despojado y frágil, pero solidario.

El año jubilar que empezó con la apertura de la puerta santa nos invita a mantener abiertas las puertas de nuestro corazón y de nuestras comunidades para el Señor que nos quiere acoger y renovar, pero también emprender acciones y proyectos en la construcción del Reino, a favor de los necesitados. De poco sirve estar abiertas las puertas santas de las catedrales y santuarios y aún menos vale el esfuerzo de pasar por ellas, si estamos con el corazón cerrado y ciego en la comodidad e indiferencia. Abramos, pues, las puertas de nuestro corazón a Cristo y a los hermanos, para actuar, con la fortaleza que nos viene del Espíritu, en defensa y promoción de la vida y transformación de la realidad.

Si nuestra misión se convierte en lugar de contemplación y peregrinación, si aprendemos a ver a Dios en la misión, oír su voz en aquellos que claman socorro, podemos estar seguros(as) de la fidelidad y coherencia de nuestro seguimiento a Jesús.

3. ¿"Qué tenemos que hacer? (Lc 3, 10; At 2, 37)

A esta inquietud la respuesta es siempre la misma e incisiva: *"Conviértanse. Den frutos de su conversión" (Mt 3, 8).*

- Convertirse es tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús. Encarnar su espíritu y sus actitudes delante de Dios y frente a la realidad de los hermanos.
- Es peregrinar hacia el propio corazón tan fácilmente replegado sobre si mismo, ocupado por tantas incoherencias que lo contaminan y hacen de él

un campo de batalla. Erradicar los errores, los sentimientos dañinos que en él se instalaron y que impiden el despliegue en solidaridad evangélica hacia adentro y hacia fuera y transformarlo gradualmente en fuente de ternura y misericordia.

- Es peregrinar hacia el interior de nuestras comunidades que, a menudo, en vez de ser dinamismo y expansión de la comunión y del amor trinitario, se tornan lugar de egoísmos, intrigas antievangélicas, campos de celos, envidias y ambiciones:
  - √ Cambiar nuestros discursos estereotipados, muertos y sin impacto, que justifican lo mediocre, el no compromiso, encubren las contradicciones e inconsistencias que vivimos y mantienen privilegios.
  - √ Desenmascarar nuestra oración fácilmente espiritualista y alienada, para volver a la auténtica oración y contemplación que llevan al verdadero Dios y nos comprometen con los hermanos.
  - √ Salir de uno mismo y de los propios encierros, del mundo egoísta que esteriliza, de la mentalidad de clase, tan burguesa, aún insertos(as) en lugares pobres, para asumir la urgencia evangélica y vivir el auténtico compartir en solidaridad.
  - √ Salir de una vida comunitaria vacía y estresante, para lograr una convivencia de relaciones significativas, reconciliadas, vitalizantes, que sanen a los miembros y expresen las consecuencias propias de la experiencia eucarística y de la comunión trinitaria.
  - √ Traspasar los muros de protección de nuestras casas y obras para descubrir la realidad que se esconde más allá, y emprender nuevos senderos de salvación, sea en la vida privada o comunitaria, sea en la labor pastoral, hacia los hermanos pobres, heridos y maltratados en nuestra patria.

Luego, desde el propio corazón y desde lo interno de las comunidades, interpelados por la Palabra de Dios en oración, nuestro peregrinar nos debe llevar:

- Hacia el hombre contemporáneo, sofocado por miles de palabras vacías y desorientadoras para llevarle la Palabra que unifica, ilumina, orienta y salva.
- Hacia los sedientos y hambrientos de comprensión, de escucha, de solidaridad para ayudarlos a superar sus angustias, soledad, miedos e incertidumbre.
- Hacia las personas desfiguradas y sacrificadas por el individualismo y los colectivismos extremos para ayudarlas a encontrar su verdadera identidad, animar su sed de comunión.
- Hacia las personas con quienes vivimos, con quienes actuamos y compartimos la misión para saber escucharlas, comprender sus necesidades, sufrimientos y esperanzas.
- Hacia los hermanos pobres, solitarios, necesitados y tristes para dejar taladrar nuestro corazón por tantas situaciones que cargan y caminar con ellos por sus derechos, su vida, su dignidad humana.

Peregrinar siempre con la parresía que sólo proviene de la fe, de saberse ungido y enviado por el Espíritu, que impulsa la historia hacia *"el nuevo cielo y la nueva tierra" (Ap 21, 21)* a pesar de las evidencias que indican lo contrario.

En la Bula de convocación al gran Jubileo, al hablar de las disposiciones para obtener la indulgencia jubilar con la peregrinación, el Papa precisa: *"en cualquier lugar, si se va a visitar a los hermanos que se encuentran en necesidades o dificultades (enfermos, reclusos, ancianos solitarios, deficientes entre otros), como realizando una peregrinación al Cristo presente en ellos" (I Mysterium Disposiciones, 4).* Está muy claro el camino. Además, se trata de compartir no sólo bienes materiales. Tenemos otras riquezas que pueden y deben ser compartidas: el saber, la competencia profesional, el tiempo disponible, los talentos personales, la fe, la ternura...

Nos debe caracterizar la espiritualidad que animó a nuestros fundadores(as) a un peregrinar incansable hacia la construcción de la comunidad y hacia los más necesitados. La experiencia de Dios que vivimos nos ha de configurar, impulsar y sostener en el camino de misión permanente. La vida comunitaria que nos proporciona tantos beneficios, nos debe liberar para la solidaridad y entrega concreta.

La oración personal y comunitaria nos lleva a contemplar el amor de Dios, pero también el dolor de los hermanos y desde allí, con la audacia del Espíritu, retornar al propio corazón para desplegar acciones de misericordia y solidaridad. Como dice el Papa en la oración para el año jubilar:

"Que los discípulos de Jesús brillen por su amor, que sean solidarios con los necesitados y generosos en las obras de misericordia. En alabanza y gloria a la Santísima Trinidad, único y eterno Dios"

Para reflexionar, orar y actuar:

¿El Año Santo que estamos viviendo, a qué peregrinación me convoca a mí personalmente y a toda la comunidad?
¿Qué proyecto personal tengo y cuál es el proyecto concreto de nuestra comunidad para vivir este tiempo verdaderamente santo en un camino personal y comunitario de santidad y de caridad solidaria?
Les invito a reflexionar y orar con el Himno de Laudes de jueves, 2. Semana del tiempo ordinario (Liturgia de las Horas)

Señor, tú me llamaste para ser instrumento de tu gracia,
para anunciar la Buena Nueva, para sanar las almas.
Instrumento de paz y de justicia, pregonero de todas tus palabras,
agua para calmar la sed hiriente, mano que bendice y que ama.

Señor, tú me llamaste para curar los corazones heridos,
para gritar en medio de las plazas que el Amor está vivo,
para sacar del sueño a los que duermen y liberar al cautivo.
Soy cera blanda entre tus dedos, haz lo que quieras conmigo.

Señor, tú me llamaste para salvar al mundo ya cansado,
para amar a los hombres que tú, Padre, me diste como hermanos.
Señor, me quieres para abolir las guerras y aliviar la miseria y el pecado;
hacer temblar las piedras y ahuyentar a los lobos del rebaño. Amén.

Adpostal

Llegamos a todo el mundo!
CAMBIAMOS PARA SERVIRLE MEJOR
A COLOMBIA Y AL MUNDO

ESTOS SON NUESTROS SERVICIOS

VENTA DE PRODUCTOS POR CORREO
SERVICIO DE CORREO NORMAL
CORREO INTERNACIONAL
CORREO PROMOCIONAL
CORREO CERTIFICADO
RESPUESTA PAGADA
POST EXPRESS
ENCOMIENDAS
FILATELIA
CORRA
FAX

LE ATENDEMOS EN LOS TELEFONOS
2438851 - 3410304 - 3415534
980015503
FAX 2833345

ACTIVIDADES PARA 2.000

FEBRERO

Celebración

JUBILEO VIDA CONSAGRADA

SANTAFÉ DE BOGOTÁ

FEBRERO 2

Seminario - Taller

SECRETARIOS Y SECRETARIAS

SANTA FE DE BOGOTÁ

18 AL 20 DE FEBRERO

INFORMES E INSCRIPCIONES

CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA
CARRERA 15 NO. 35-41/43
TELS: 338 3946 - 338 3947
FAX. 338 1600
APARTADO AÉREO NO. 52332
SANTA FE DE BOGOTÁ D.C.

Vinculum
vol. 33 / n. 197 (2000) 15-19

LA JUSTICIA Y LA PAZ SE BESAN

Hno. Carlos Mario McEwen Ochoa, fms

durante este año de jubileo y peregrinación hemos reflexionado sobre diferentes temas que nos han ayudado a profundizar el tema escogido por la CRC *"Religiosos y religiosas de Colombia: Peregrinos en comunión por la vida, la justicia y la paz"*.

En la situación actual de nuestro país, la Iglesia y la Vida Religiosa tienen una responsabilidad grande, tenemos que ser luz de esperanza en medio de la oscuridad. Debemos expresar con nuestra vida cuál es la paz que buscamos, una paz fruto de la justicia, que nos lleve a caminar de forma que nuestro pueblo *"tenga vida y vida en abundancia" (Jn 10, 10)*

Una corta historia

"Había una vez una ciudad construida tras el recodo de un gran río. Cierto día mientras unos

niños jugaban en la orilla, vieron tres cuerpos flotando en las aguas. Corrieron a pedir ayuda. Rápidamente llegaron al lugar del suceso algunas personas que sacaron del agua los cuerpos.

La primera persona estaba muerta y enterraron su cuerpo. La segunda estaba muy enferma y la llevaron al hospital. La tercera resultó ser una niña en buen estado de salud y la entregaron a una familia donde sería cuidada.

A partir de ese día, y durante años, aparecían flotando en el río, cada día, varios cuerpos. La buena gente del lugar se ocupaba de retirarlos del agua y prestarles los cuidados necesarios. Esta actividad se llevó a cabo durante varios años de modo que la gente perfeccionó los métodos para recuperar y cuidar a las víctimas. Algunas personas dedicaban tiempo y recursos a este trabajo con gran generosidad, y algunos incluso abandonaron su oficio para dedicarse por completo y sin trabas a estos menesteres.

A causa de la generosidad de tanta gente los habitantes de esta ciudad se sentían orgullosos de lo que hacían. Por desgracia y a pesar de la gran generosidad manifestada por tantas personas, a nadie se le ocurrió, en todos esos años, remontar el río, más allá del recodo, para saber por qué cada día aparecían flotando varios cuerpos.

Todos estamos corriendo el riesgo de "quedarnos dormidos" ante las injusticias que diariamente presencias nuestros ojos. La causa de estas injusticias frecuentemente está escondida, como la causa que producía esas muertes diarias en el río que tantos trabajos ocasionaba a los habitantes de la ciudad de nuestra historia.

Jesús quiere que las injusticias que presencio me mantenga despierto. Él sabe lo fácil que me resulta adormecer mi conciencia en este tema y me invita a mantenerme vigilante, despierto, en guardia.

La simple caridad no es lo mismo que la justicia social. La caridad ofrece alimento a una persona hambrienta; la justicia se preocupa por el cambio del sistema que permite que unas personas tengan excesos de comida mientras otras no tienen nada. Jesús sólo tiene mis manos, corazón, aliento y vida para ser testigo de la justicia en nuestro mundo. ¿Estoy preparado para ayudarle a proteger del mal a todos los hijos de Dios? ¿Estoy dispuesto a pagar el precio que ello me pide? Estemos alerta, en pie, mientras esperamos, una vez más su llamada".

Hno. Seán Sammon, fms

Reflexión

La justicia y la paz son dos caras de la misma moneda. La una no se da sin la otra, las dos se influyen recíprocamente, sin justicia no puede haber paz y la guerra lleva a la injusticia.

Esto se puede analizar desde distintos niveles: desde lo personal, lo interpersonal y lo social.

Iniciemos dando un rápido vistazo al nivel personal. Si hablamos de la necesidad de buscar la paz en lo persona, tenemos que partir de una aceptación que nace de una visión realista de uno mismo, que lleva a reconocer que tengo valores y limitaciones. Mientras no pueda aceptarme con un cierto equilibrio, no podré hablar de paz interior, pues o tenderé a infravalorarme y sentir que no sirvo para nada o por el contrario a sentirme superior y sin defectos, lo cual creará una visión desequilibrada que llevará a tensiones innecesarias.

El aceptar la propia realidad equilibradamente ayudará a caminar afrontando los conflictos normales de la existencia sin perder la paz. Y a su vez el alcanzar un cierto nivel de paz interior, ayudará a mirar las propias situaciones con mayor justicia y equilibrio.

Pasemos al nivel interpersonal, que está íntimamente ligado al personal. Sólo si me acepto, puedo aceptar a los demás. Cuando no hay una aceptación personal, tendemos a proyectar aquello que nos reconocemos como nuestro en los otros y lo proyectamos de forma magnificada. Las relaciones maduras tienen como base la aceptación de la realidad humana, realidad que tiene luces y sombras. Cuando reconozco a los demás y a mí mismo como personas que no están totalmente acabadas, tengo un mayor equilibrio para aceptar las fallas tanto ajenas como propias y no perder la paciencia y ecuanimidad.

En el nivel de las relaciones con los demás, la justicia se basa en la aceptación del otro con su propia realidad, aceptación que no es simplemente dejar que haga su vida, eso sería desinterés, sino aceptación activa que me lleva a preocuparme por mis hermanos y hermanas, haciéndoles ver sus valores y limitaciones, porque quiero que cada día se superen y salgan adelante, de forma que se puedan realizar y alcanzar el ideal al que Dios les llama.

En este sentido la paz con los otros implica que me interese por ellos y en algún momento es "justicia" confrontarlos, así esto cause tensión, pues mi interés fundamental es que quienes viven conmigo se realicen plenamente. Basta recordar la actitud de Dios para con su pueblo Israel, que porque lo quiere envía a los profetas para que éstos le hagan reconocer su pecado y así el pueblo pueda convertirse y salvarse.

Como dice "El Principito" de Antoine de Saint-Exupery: "Soy responsable de aquello que he domesticado". Entendiendo domesticar, como el crear lazos profundos. Somos responsables de nuestros hermanos y hermanas. Cuando realmente amamos, ayudamos a que quienes están con nosotros puedan crecer y realizarse, de forma que juntos en armonía podamos alcanzar la paz. La justicia con el otro implica olvidarse de sí mismo para salir al encuentro del otro, a ejemplo del buen samaritano.

Con respecto a la justicia y la paz en el nivel de lo social, un extracto del mensaje del jubileo al inicio de un nuevo Milenio que envía el Papa Juan Pablo II, nos puede iluminar:

La paz en la solidaridad

«'Paz en la tierra a los hombres que Dios ama'. Desde la problemática de la guerra la mirada se dirige espontáneamente a otra dimensión ligada especialmente a ella: el tema de la solidaridad. El noble y laborioso trabajo por la paz, que pertenece a la vocación de la humanidad a ser y a reconocerse como familia, tiene su punto de apoyo en el principio del destino universal de los bienes de la tierra, principio que no hace ilegítima la propiedad privada, sino que orienta su concepción y gestión desde su imprescindible función social, para el bien común y especialmente de los miembros más débiles de la sociedad. Este principio fundamental desgraciadamente está muy olvidado, como demuestra la persistencia y el crecimiento de la desigualdad entre un Norte del mundo, cada vez más saturado de bienes y recursos y habitado por un número cada vez mayor de ancianos, y un Sur en el que se concentra la gran mayoría de las jóvenes generaciones, privadas todavía de una perspectiva esperanzadora de desarrollo social, cultural y económico..."

Esta realidad que se nos presenta en el mensaje del Papa es conocida y no se puede ocultar. Las causas de la injusticia actual y la falta de paz son comunes, hay un desequilibrio estructural del mundo, una concepción individualista de la sociedad que lleva a un capitalismo salvaje, donde sólo puede sobrevivir el que hace harina a los demás.

Las raíces de la injusticia son múltiples[1], hay una parte de culpa en el mal que se anida en el individuo, pero también gran parte de las causas de la injusticia vienen de la corrupción de las instituciones. Y mientras no se solucionen las situaciones que llevan a la injusticia, será difícil alcanzar la paz. Es necesario "remontar el recodo del río, para mirar el por qué de los cuerpos flotando". No podemos quedarnos dormidos ante las injusticias que nos rodean.

[1] Sobre este tema se puede ver el libro: SICRE, José L., "Con los pobres de la Tierra. La Justicia social en los profetas de Israel". Ediciones Cristianidad. Madrid. 1984.

Dios que quiere la salvación de su pueblo, nos llama para enviarnos a un compromiso ineludible, llevar su mensaje para que éste transforme el mundo. El salmo 84 integra diversos términos: "La salvación está ya cerca de sus fieles y la gloria habitará en nuestra tierra; la misericordia y la fidelidad se encuentran, **la justicia y la paz se besan**... la justicia marchará ante él, la salvación seguirá sus pasos".

Pidamos al Señor que "nos devuelva la vida, para que podamos alegrarnos con Él" (Sal. 84), pero como dice el dicho popular: "A Dios rogando y con el mazo dando". Que el Señor Jesús que nos ha llamado, nos ayude a caminar en comunión por la vida, la justicia y la paz.

Reflexión y acción

El compromiso ahora es comenzar la acción a partir del conocimiento de la realidad y la reflexión. Muchas preguntas nos podemos plantear y a distintos niveles: ¿Soy justo conmigo mismo? ¿Cómo son mis relaciones con los demás? ¿Qué parte de culpa tengo en las injusticias que me rodean... en lo personal, en lo interpersonal, en lo social? ¿Qué puedo hacer para cambiar esta realidad?

Salmo 84

Señor, has sido bueno con tu tierra,
has restaurado la suerte de Jacob,
has perdonado la culpa de tu pueblo,
has sepultado todos sus pecados,
has reprimido tu cólera,
has frenado el incendio de tu ira.

Restáuranos, Dios salvador nuestro;
cesa en tu rencor contra nosotros.
¿Vas a estar siempre enojado, o a
prolongar tu ira de edad en edad?

¿No vas a devolvernos la vida, para
que tu pueblo se alegre contigo?
Muéstranos, Señor, tu misericordia
y danos tu salvación.

Voy a escuchar lo que dice el Señor:
"Dios anuncia la paz a su pueblo
y a sus amigos y a los que se
convierten de corazón".

La salvación está ya cerca de sus fieles
y la gloria habitará en nuestra tierra;
la misericordia y la fidelidad se en-
cuentran,
la justicia y la paz se besan;

la fidelidad brota de la tierra,
y la justicia mira desde el cielo;
el Señor nos dará la lluvia,
y nuestra tierra dará su fruto.

La justicia marchará ante él,
la salvación seguirá sus pasos.

ACTIVIDADES PARA 2.000

FEBRERO

CLAR: Seminario-Taller

Vida Religiosa Afroamericana

Buenaventura

24 al 29 de Febrero

Seminario - Taller

Económos y Económas

Santa Fe de Bogotá

3 al 5 de Marzo

Informes e Inscripciones

CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA
Carrera 15 No. 35-41/43
Tels: 338 3946 - 338 3947
Fax. 338 1600
Apartado Aéreo No. 52332
Santa Fe de Bogotá D.C.

Vinculum
vol. 33 / n. 197 (2000) 21-28

LA EUCARISTÍA NOS RECONCILIA CON LA HISTORIA VIOLENTA DEL MUNDO

Hna. Josefina Castillo, aci

año de gracia, glorificación de la Trinidad, Eucaristía presencia viva y salvífica.

- Jesús es todo El Eucaristía. Su misión fue eucaristizar al hombre, al mundo y a los acontecimientos.
- Nuestra misión es dejarnos eucaristizar y comprometernos a eucaristizar al hombre de hoy, al mundo y a los acontecimientos (reconciliar, armonizar, reparar, amar, hacer nuevas todas las cosas).

2. El proceso de concientización de los apóstoles para comprender la última Cena:

A.T. Comer y beber juntos, acontecimiento religioso.
N.T. Repetidas veces Jesús habla del pan y del vino, del banquete, de la comida, con un significado que trasciende los momentos puntuales.

3. La fracción del pan y comida de ágape en las primeras comunidades cristianas.

4. La Eucaristía, hoy, vitalidad, energía, vida y centro de la vida cristiana, en medio de un mundo violento e injusto.

5. Conclusiones.

1. La Eucaristía en el Año de Gracia

Con ocasión del Gran Jubileo, el Dos mil será un año intensamente eucarístico.[1] ¿Cómo entender la Eucaristía, dentro del marco del Gran Jubileo, centrado en la celebración de la Trinidad, de la que todo procede y a la que todo se dirige en el mundo y en la historia?[2]

Jesús fue todo El Eucaristía. Toda su vida la entregó a la misión de eucaristizar el mundo, las personas y los acontecimientos. Fue un construir doloroso y gozoso a la vez, de la comunión del hombre con Dios, consigo mismo y con la naturaleza. Al final de sus días se quedó con nosotros en el Pan y el Vino, para seguir eucaristizando todo lo creado, empezando por el hombre.

Nosotros, los que creemos en Jesús, en la Eucaristía, vivimos por la fe, el proceso de dejarnos eucaristizar, y también nos comprometemos a eucaristizar al hombre, a la naturaleza y a los acontecimientos.

Pero, ¿qué es eucaristizar? Es crear comunión entre los hombres, de éstos con Dios y con el mundo concreto y real que nos ha tocado vivir. Es ayudar a reconciliar lo que hemos roto por el pecado, especialmente las relaciones humanas. Es buscar la armonía original del Plan de Dios. Es dar testimonio del Reino de justicia, de amor y de paz, haciendo presente a Jesús con nuestros sentimientos, nuestro estilo de vida, nuestra manera de actuar; ya que Jesús Eucaristía es presencia que reconcilia, que armoniza, que plenifica.

"No podemos decir que tenemos los mismos sentimientos de Cristo Jesús, mientras no participemos de su fiebre de comunión"[3]

"Esta pasión de la comunión, esta fiebre eucarística, le cuesta cara al hombre; supone una derrota permanente al propio egoísmo y un difícil avanzar contra corriente"[4]

---

[1] Cfr. Tertio Millenio Adveniente. Ed. Paulinas, No. 55.
[2] Tertio Millenio Adveniente. Ed. Paulinas, No. 55.
[3] Paoli, Arturo. *Pan y Vino tierra* (del exilio a la comunión), Sal Terrae, 1980, pág. 28
[4] Op cit, p. 29

Nuestro pueblo cristiano, en general, cree ciegamente en la Eucaristía, como Presencia Sacramental de Jesús, la celebra, la adora, la respeta. Pero la Presencia de Jesús sólo se ve operativa en la Misa y en el sagrario. No está en la vida, no está en la Historia, no está en los acontecimientos, no está en el mundo.

Creo que en nuestras catequesis hemos insistido mucho en el sacramento como tal, ex opere operator, que abarca la celebración eucarística, como memorial, acción de gracias, sacrificio y oblación; como adoración a la permanencia de la Presencia de Jesús, pero insistimos poco en la Eucaristía como misterio de Dios globalizante, que es todo eso, pero va más allá del momento ritual, porque abarca las actitudes eucarísticas en la vida, como el perdón, la reconciliación, la fraternidad, la solidaridad, la justicia, que son realmente los aspectos eucaristizables que nos llevan a vivir, a sentir, a amar y a perdonar a la manera de Jesús. En una palabra, a hacer presente a Jesús en la vida.

La Eucaristía es la gloria del Padre, la Presencia Salvífica del Hijo y la fuerza del Espíritu Santo. Es Jesús intrínsecamente unido a la Trinidad.

2. El proceso de concientización de los apóstoles para comprender la última Cena

Jesús no hubiera recurrido a la celebración de la última Cena para quedarse con nosotros en el Pan, si no hubiera existido una tradición judía sobre la celebración de la comida con un claro significado religioso; además, Jesús, en muchos momentos de su vida pública, recurrió al pan y al vino, dándole todo un significado de misericordia, de perdón, de salvación. Si Jesús no los prepara, los apóstoles no habrían comprendido la importancia de este momento, ni su relación con la misión salvífica de Jesús.[5]

Recordemos por ejemplo la multiplicación de los panes:

"Y tomando los cinco panes, levantando
los ojos al cielo, pronunció la bendición,
partió los panes y los iba dando a los discípulos,
para que se los fueran sirviendo"
Mc 6, 41

El P. Rodolfo de Roux dice: "La Cena con los Doce ¿no presupone una comensalidad anterior, más íntima, de Jesús con el pequeño rebaño de los discípulos?[6]

[5] Cfr. Roux de, Rodolfo Eduardo S.I. *El pan que compartimos*, II La Cena con los Doce, Colección Teología Hoy, 20, Bogotá, pág. 70.
[6] Idem

En distintos momentos Jesús hace alusiones eucarísticas:

En sus parábolas nos habla del banquete como expresión del Reino (Mt 22, 1-14), donde los invitados no quisieron ir y envía a los criados para que inviten a todos los que encuentren.

A la mujer cananea le dice que los panes no pueden echarse a los perros, pero le permite recoger las migajas (Mt 15, 21-28). Bien sabe ella que no se trata del pan ordinario, sino del don de la misericordia y poder de Dios.

El Padre Misericordioso recibe al hijo pródigo con un gran banquete, que expresa la felicidad del regreso de un hijo perdido. (Lc 15, 11-32). El banquete tiene todo el sentido de fiesta, de alegría, que es la actitud del Padre celestial ante la conversión de cualquiera de sus hijos.

El vino nuevo no puede echarse en odres viejos , (Cfr Mc 2, 22), no se trataba simplemente de odres nuevos, sino de mentes abiertas, en búsqueda, sencillas, con espíritu de pobre, capaces de entender el mensaje de salvación que trajo Jesús, pero que resultaba más cómodo no entender y cerrarse en unas estructuras mentales ya establecidas.

En Mt 25 Jesús nos advierte cuál es nuestra misión de la que daremos cuenta al final de la vida: "porque tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber". No se trata sólo de alimentos, porque para eso basta tener un corazón sensible a las necesidades del otro. Dar de comer y de beber es eso y más, es dar vida al hermano para cubrir sus carencias: de soledad, de injusticia, de pobreza, de cultura, de amor.

Incluso en Getsemaní, después de la Cena, Jesús habla de "la copa", como el acontecimiento doloroso que reconciliará al hombre con Dios. Jesús sabía que el Padre tenía el poder para evitarlo, porque El podía todas las cosas, y también que Él, Jesús, podía decir ¡no! Pero había venido para hacer la Voluntad del Padre y no pondría impedimento a su realización total.

La comida y bebida no aparecen simplemente como alimento para el fortalecimiento corporal, sino que contienen un significado muy claro y profundo de compartir, crear comunión con el hermano, formar una única familia de Dios, es celebración de algo más grande que el acontecimiento que se vive en ese momento, es presencia del amor y la misericordia de Dios.

Los apóstoles, si no llegaron a comprenderlo claramente, al menos tuvieron que intuir que algo grande estaba pasando allí. No solamente grande, sino tan trascendental como la propia vida de Jesús.

En la Eucaristía no sólo hacemos presente al Jesús de la última Cena, sino al Jesús total, El todo y toda su vida, su pensamiento, sus sentimientos, es el

talante de la vida de Cristo. Por lo tanto, la Eucaristía no puede quedarse en el momento de la celebración, sino que empapa toda nuestra vida de su acción eficaz, eucaristizando cada momento de ella.

3. La fracción del pan y comida de ágape en las primeras comunidades cristianas

Lucas, en los Hechos de los apóstoles nos presenta la vida de la comunidad primitiva (Hech 2, 42-47), con datos muy puntuales:

- acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles,
- a la convivencia, o comunión fraterna,
- y a las oraciones,
- al templo,
- compartían todo cuanto tenían,
- alababan a Dios,
- gozaban de la simpatía del pueblo,
- se integraban cada día los que querían salvarse.

También nos relata la misa de Pablo en Tróada (Hech 20, 7-16).

"En el judaísmo 'fracción del pan' no designa jamás una simple comida sino el rito de apertura o el gesto en si mismo.[7] Por el contexto, concluyen los teólogos[8], que los primeros cristianos, según los hechos de los apóstoles, se reunían de ordinario para compartir la comida, antes o después de la 'fracción del pan', o sea, de la eucaristía, para luego hacerlo vida en la comunión con el hermano, conocer sus necesidades y cubrirlas con los aportes que daban sus propios bienes. A la escucha de la Palabra y a la celebración eucarística le sigue, como respuesta existencial, el compromiso fraterno. Tenían conciencia de la unidad y continuidad entre el sacramento del altar y el sacramento del hermano.

No da lugar este pequeño estudio para tratar sobre el culto y la vivencia eucarística en los primeros siglos de la Iglesia, según la Patrística. Sí creo que por no profundizar en las maravillas de la eucaristía, a veces en la Vida Religiosa nos hemos quedado con un rito vacío que nos lleva a la dicotomía de nuestra vida consagrada: adorar a Jesús sacramentado e ignorar al hermano, que también es sacramento de Cristo.

[7] Cfr. Deiss, Lucien. La Cena del Señor, DDB, Bilbao, 1989, p´ga. 28.
[8] De Roux, Deiss, Paoli, J Jeremas Pagola, Concepción González, M. Scott aci.

4. La Eucaristía hoy: vitalidad, energía, vida y centro de la vida cristiana, en medio de un mundo violento e injusto

"¿Queréis de verdad honrar al cuerpo de Cristo? No consintáis en que esté desnudo. No le honréis con vestidos de seda y fuera le dejéis perecer de frío y desnudez. Porque el mismo que dijo: este es mi cuerpo y con su palabra afirmó nuestra fe, ése dijo también: me visteis hambriento y no me disteis de comer. Y cuando no lo hicisteis a uno de éstos más pequeños, tampoco conmigo lo hicisteis. El sacramento no necesita preciosos manteles... los pobres, empero, requieren mucho cuidado. Tribútale el honor que El mismo mandó por ley empleando tus riquezas en socorrer a los pobres... Qué le aprovecha al Señor que su mesa esté llena de vasos de oro, si él se consume de hambre? Saciad primero su hambre y luego, de lo que os sobre, adornad también su mesa" (San Juan Crisóstomo).

Hoy, pueblos enteros de nuestra América Latina están sumidos en la pobreza absoluta. Una miseria que otros pueblos se encargan de hacerla imposible de superar. Miles de niños mueren en los primeros años de vida. Muchos crecen con el resentimiento en el corazón por haber visto la muerte y la violencia en sus propios hogares. La mujer sigue discriminada y oprimida. La falta de trabajo en las cabezas de familia lleva a la desesperación y al suicidio. Crecen los desplazados por la violencia, llevando una herida imborrable al ser arrancados de sus terruños.

En contraste, la deshonestidad, el narcotráfico, el imperialismo económico, la economía neoliberal, la globalización económica, etc. han hecho posible nuevos y poderosos ricos, cada vez más ricos, como dice el Papa Juan Pablo II, a costa de los pobres, que cada vez son más pobres.

Tanto dolor del pobre va generando desprecio por la vida propia y ajena; violencia y barbarie reprimidos ante la impotencia del débil frente a los poderes del mundo. Muchos violentados, descontentos y sin verdaderos líderes, van engrosando las filas de la guerrilla, de los paras o la delincuencia común. Todo esto en unos países llamados católicos, cristianos, creyentes. ¿Qué nos está pasando? ¿Qué hacemos las Religiosas y Religiosos para colaborar en la creación de un mundo de paz, basado en la justicia y la fraternidad? ¿Nos falta la "fiebre de comunión", la "locura de la cruz", la radicalidad en nuestra consagración? ¿Nos falta dejarnos eucaristizar, para poder eucaristizar nuestra comunidad, los acontecimientos y el mundo?

Mientras no haya coherencia entre nuestra adoración a Jesús sacramentado y el sacramento del hermano, estamos viviendo la gran comedia religiosa. Mientras queramos compartir el pan eucarístico ignorando el hambre de millones de seres humanos privados de pan, de justicia y de paz, estamos

siendo antitestimonio de la misericordia del Padre, del Amor del Hijo y del poder transformante del Espíritu.[9]

Este mundo violento e injusto no puede ser reparado con nuestras propias fuerzas. Sólo la misericordia del Padre, la gracia salvadora del Hijo y la fortaleza del Espíritu Santo tienen el poder transformante para "hacer nuevas todas las cosas".[10] nosotros podemos hacerlo si nos dejamos transformar primero.

La Eucaristía vivida en plenitud nos ayudará a ser justos, para poder hablar de justicia; a ser fraternos, para ser portadores de fraternidad; a ser pacíficos, para compartir la paz; a ser testigos de la misericordia de! Padre, para ayudar a formar la cultura de la misericordia.

5. A manera de conclusiones

- No se trata de desplazar el sacramento de la Eucaristía como tal, sino permitir que la eficacia de la Eucaristía se haga realidad en el compromiso concreto con el hermano pobre y el necesitado.

- El sacramento de la eucaristía no es un bloqueador de la conciencia para tranquilizarla, sino una celebración que exige y significa comunidad, fraternidad, solidaridad, servicio.

- Si en la eucaristía oramos juntos el Padre Nuestro y recibimos el Cuerpo del Señor, no es sólo en beneficio propio, sino que lógicamente se sigue hacerlo vida en la reconciliación con los hermanos y el compartir lo que somos y tenemos.

- Si el centro de nuestras casas religiosas es el Sagrario, tenemos que hacer centro de nuestras preocupaciones el dolor del hermano más débil, empezando por el que tengo más cercano. Puesto que la eucaristía es memorial de Cristo crucificado, hoy, nuestra sensibilidad tiene que dejarse tocar por los rostros dolientes de Cristo.

- Si creemos en la Palabra de Jesús, nuestra "mesa" tiene que ser compartida con quien más la necesita, superando las falsas excusas a las que recurrimos para justificar nuestra falta de compromiso.

[9] Cfr. Pagola, J. Antonio. La Eucaristía, experiencia de amor y de justicia. Sal Terrae, Santander, 1990, pág. 4.
[10] Ap. 21, 5

- La Eucaristía nos tiene que lanzar al hermano, para que seamos, a la manera de Jesús, pan que se entrega y vino que se reparte, para dar vida.

- La Eucaristía es la experiencia más fuerte y exigente de la vida de Jesús. Ella resume su vida entera, sus actitudes, sus sentimientos y enseñanzas. Quizás por eso vamos mucho a misa, pero vivimos de lejos la Eucaristía.

- La Eucaristía celebrada, adorada y vivida ayudaría a nuestros pueblos a descubrir el amor, la misericordia, la paciencia, la entrega incondicional de Jesús a cada uno, llevándonos a la reconciliación entre hermanos, hijos de un mismo Padre.

- Necesitamos audacia[11], una clara opción por los pobres, ser generadores de paz, permitirle a Jesús que siga viviendo en nosotros/as su entrega y su amor al Padre y a los hermanos, en medio de un mundo violentado y violento.

- La Iglesia ha querido para el año 2000, año del perdón y la reconciliación, que el Sacramento de la Eucaristía sea reconocido y celebrado como centro y cumbre de la vida cristiana. Es la culminación del Gran Jubileo: Jesucristo Ayer, Hoy y Siempre (Hb 13, 8).

[11] Cfr. Escudero, Margarita aci. Reparar en una cultura de muerte. ACI. Roma. 1993

Vinculum
vol. 33 / n. 197 (2000) 28-33

PASCUA: UNA LUZ DE ESPERANZA, AUNQUE ES DE NOCHE

Ignacio Madera Vargas, SDS

En medio de la larga noche que padece nuestro país necesitamos descubrir una luz de esperanza. De las gargantas cansadas de tantos hermanos nuestros brota el clamor cada día más intenso de la necesidad de un final de la oscuridad que significa tanta iniquidad organizada y tanto temor acumulado. El ethos violento que hemos venido construyendo necesita de todos y todas los religiosos y religiosas de Colombia una capacidad de peregrinar en comunión hacia la luz que no conoce ocaso. Y la necesidad de realizar, al interior de nuestras comunidades, experiencias que nos animen a no claudicar ni perder el norte fundamental que sustenta nuestros estilos de vida: el seguimiento radical de Jesucristo a la luz de los carismas fundacionales y congregacionales.

No quiero pronunciar una palabra vana, recargar de negatividad amarga o de positivismo iluso este tiempo de espera dolorosa, pero si quiero decirme a mí mismo, y compartir con ustedes, una palabra que estimule mi propia incertidumbre al lado de

los humildes y mi propia tentación al desengaño. Es necesario que no coloque yugos y cargas pesadas sobre mis propios hombros y sobre los de ustedes, mis hermanos y hermanas de esta vida religiosa de tantas gracias, pero también lo es que sepamos descubrir los impulsos para continuar, las fuerzas para andar y las ilusiones para crear, permanecer y posiblemente triunfar.

Nos sentimos perplejos como se siente el pueblo ante la incapacidad de nuestros dirigentes para tomar el pulso de la historia del país, con métodos distintos a la violencia y a la fuerza de las armas; ante la imposibilidad de los actores de la guerra de respetar los derechos humanos, de reconocer el grandioso valor humano de los humildes, de descubrir el rostro de Dios en los desplazados, en los potenciales blancos de los tiros y en la mirada triste de tantas mujeres de la contienda cruenta.

Pascua es paso de Dios por la historia de su pueblo. ¿Qué significa Pascua como luz de esperanza aunque es de noche?. Significa que nuevamente estamos siendo invitados a fortalecer la esperanza en la capacidad que tenemos los hombres y mujeres de Colombia de ser creadores de ilusiones que conforten a todas y todos los que de diversas maneras siguen apostando a la vida porque descubren que Dios sigue pasando por esta noche oscura para iluminar y fortalecer la confianza en los hijos de un mismo Padre.

Por la fuerza del Espíritu, los seguidores de Jesús en radicalidad carismática y en servicio ministerial minoritario a sus hermanos, tenemos que hacernos mayores que nuestro desconsuelo y adultamente capaces de no ceder ante la intensa y continua tentación del desencanto. Es necesario dejar que la luz de la resurrección ilumine la noche tenebrosa de la crucifixión, que esta confluencia de la muerte y la vida nos ayude a recuperar el sentido de la fortaleza y la necesidad de continuar buscando, creando y soñando, proponiendo y disponiendo, porque apostamos a la vida y rechazamos y renunciamos a todo lo que condena a los hermanos a una muerte anticipada.

En este tiempo de Pascua, es necesario recordar que "el cielo y la tierra pasarán" pero las palabras de Jesús el Cristo, no pasarán. Es urgente escuchar suavemente en tus oídos "¡ánimo, no temas, yo estoy contigo!". Hombres y mujeres de fe y esperanza, las religiosas y los religiosos de Colombia, peregrinamos en comunión por la justicia y la paz hacia la casa de los excluidos, de todos aquellos y aquellas que esperan la luz en medio de la noche.

La vida religiosa, que brotó en la historia como don del Espíritu, para jalonar a la gran Iglesia por la profecía y la esperanza, es la que en la Colombia de estos días, está llamada a ser luz, aunque es de noche, porque es testigo del paso de Jesús por la historia de su pueblo sufrido. Pascua es entonces, esperanza que viene a tí y que sale de tí para consolar a los hermanos.

En esas pequeñas acciones, que tantas veces nos parecen inútiles, podemos descubrir la posibilidad de continuar en claridad en medio de tanta tiniebla.

No es fácil para nadie pero es mejor que claudicar. Hacerlo significa afirmar que no hay nada que hacer ante el llanto sin consuelo de tantas madres, la desesperación de tantos y tantas jóvenes, la perpleja mirada al infinito de tantos niños y niñas, la rabia arrinconada en la intimidad del corazón de tantos ancianos y ancianas que ven un día tras otro caer sobre la tierra que nos vio nacer, los cuerpos sin vida de tantos hermanos y hermanas de las zonas de violencia.

Las razones ceden porque las razones ya no tienen soporte. Tal parece que los diálogos de paz, tengan como primera condición la continuidad de la muerte, la indiferencia ante el dolor de los humildes y la imposición prepotente de argumentos que solo pueden comprenderse al interior de lógicas que no asumen la contundencia de la palabra del Maestro. No todo está permitido cuando se trata de la vida de los humildes, no todo es posible cuando está en juego la suerte de los excluidos, porque "de ellos es el Reino de los cielos", porque todo lo que se hace a uno de estos pequeños, con Cristo nuevamente lo hacemos.

La tragedia mayor que pudiera sufrir el pueblo de Colombia, sería la resignación ante tanta desidia argumentada. Quienes son responsables de esta noche sin luceros, pueden darse el lujo de creer que esta oscuridad puede prolongarse, pero quienes seguimos a Jesús, desde carismas que han tenido la causa de los pobres como la suya, no podemos contemporizar con ninguna manera de justificar masacres, de prolongar secuestros, de poner precio a la vida que nos ha sido dada gratis por el Padre bueno y creador.

Reafirmar en este año santo la fe en el Dios Trinidad, es luchar por la realización de la imagen de ese mismo Dios en los hombres y mujeres que lo confesamos. Si Dios es comunión, diversidad de tres personas en la unidad santísima, entonces quienes creemos que hemos sido creados a su imagen, asumimos la diversidad en la construcción de la comunión y renunciamos a toda pretensión de utilizar la diversidad de pensamientos, de ideologías, de poderes, de razas o de culturas como factor de división y como argumento para la lucha.

La historia de la injusticia es larga entre nosotros, lo que nos pasa es consecuencia del desorden justificado durante tantos siglos, pero esta constatación no puede, en ningún momento lo podría, contemporizar con el irrespeto a la vida y a la libertad del pueblo. Tenemos que crear en nosotros mismos, y en todos aquellos y aquellas a quienes servimos, la conciencia de que la construcción de una sociedad colombiana, en solidaridad y paz, pasa por los sacrificios que necesariamente deben hacer quienes han montado su actuar y sus pensamientos en la explotación inmisericorde del trabajo de las mayorías y en el robo sin controles de los bienes de todos. Es luz el unirse con aquellos y aquellas que analicen desde sus saberes, las causas de lo que acontece y propongan soluciones alternativas que pueden ser dolorosas para los dueños del dinero y del poder, pero que son urgentes, necesarias y justicieras.

Es luz cuando la vida religiosa se hace consciente de la necesidad de seguir encantada por la cercanía o inserción solidaria y respetuosa en los sectores

populares, por la sensibilidad y la proximidad a los excluidos de todos los lugares, por la necesidad de una educación que nuevamente sepa proponer al hombre como centro de la creación, la vida como don gratuito del Dios creador de todas las cosas en Cristo, el compartir como la única posibilidad de que los bienes no sean acumulados por unos pocos, la solidaridad como la fuerza que puede detener tantos poderes malignos y la fe como la única capaz de "mover montañas". Es luz, cuando apostamos por el milagro de la compasión ante el hermano a la vera del camino, es luz, cuando seguimos de pie, firmes e incondicionales, en la serena seguridad de producir, con nuestras vidas de mujeres y hombres consagrados, signos de la presencia del Reino.

Es luz, cuando las comunidades religiosas saben identificar en su interior, el gran valor de la diversidad entre los hermanos y hermanas, cuando en su interior nos alegramos por los éxitos de algunos y algunas; por su capacidad de abrir caminos y derribar fronteras. Cuando lo bueno de cada uno empieza a ser de todos y acallamos los gritos rabiosos de la envidia que seca el corazón humano, entonces se realiza el milagro de la aceptación de la pluralidad. Es luz, porque la comunión se construye en la fascinación por la misión, porque los carismas, don de gracia en la historia a nuestros fundadores, impregnan de entusiasmo y llenan de vigor las actividades y tareas que construyen nuestra misión de anunciadores y anunciadoras del Reino.

En Pascua, la vida venció a la muerte y la vida volvió a vivir, si así puedo decir. La comunión de hermanas y hermanos, que estamos llamados a construir, debe realizarse en el apoyo mutuo, en la mutua comprensión de la fragilidad con la que portamos el vaso precioso pero quebradizo de nuestra vocación para siempre. Comprensivos con los más débiles pero intensamente radicales en la exigencia de una búsqueda clara y humana de coherencia con los compromisos evangélicos que libre y adultamente hemos asumido. Recuperar en este año de gracia el sentido de la comunión de hermanos, en la alegre realización de la misión, es continuar tercamente siendo luz, aunque es de noche.

La noche no es sólo sinónimo de oscuridad, lo es también de hermosura y de idilio, cuando ella está tachonada de estrellas y luceros. En el firmamento ensangrentado por la sangre que llega al cielo de este país que es nuestro, brille la vida de cada religiosa y religioso de Colombia, iluminados por el Sol resplandeciente que no conoce ocaso, Jesucristo, consolados por la misericordia sin par del Padre de Nuestro Señor y sostenidos por la fuerza del Espíritu de Jesús, que es uno con el Padre y el Hijo. Divina comunión de amor, que alumbra las tinieblas de la noche, porque realizando la imagen del Dios que confesamos, somos la luz que ilumina la desesperación, que consuela el llanto de las mujeres y soporta las ilusiones de los hombres.

Con un amor inmenso a todos los religiosos y religiosas de Colombia o de otros países, que comparten el quehacer diario de quienes viven lo cotidiano en las zonas de violencia en campos y ciudades, sepamos ser amigos, hermanos y

hermanas, compañeros y compañeras de esperanza de éstos y éstas, testigos de la resurrección. Mártires, aunque no hayan sido asesinados. En medio de la angustia, del miedo y de la soledad, siguen allí, firmes, fieles, porque no han abandonado al pequeño rebaño que tiembla aterrado; este, en su temblor, encuentra el amor de una mujer o un hombre que, compartiendo sus temores y sus lloros, sigue allí, sin mirar atrás, cargando la cruz hacia la aurora inextinguible de la resurrección. Hasta cuando los hombres y mujeres responsables de la tragedia de este país, decidan apostar por sus propios hermanos y se dejen iluminar por la luz que no conoce ocaso.

Porque Jesús continua siendo crucificado y sigue resucitando en el pueblo adolorido de Colombia, Pascua es una luz de esperanza, aunque siga siendo noche.

Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01458 8844
For use in Library only

For use in Library only